

Descubrimiento y potencialidades de la pastoral juvenil en Iztapalapa, D.F.

Jóvenes de Iglesia ¿Actores en la sociedad?

Fernando Falcó

Las complejidades de un encuentro

Durante los últimos quince meses un grupo de ocho misioneros del Espíritu Santo domiciliados en Iztapalapa hemos invertido en una apuesta de relativa novedad, tal que ha significado un giro en la presencia pastoral y en la configuración apostólica del servicio que ofrecemos. Se ha asumido colectivamente y como prioridad el servicio que formalmente se encargó a uno de nosotros: la animación de la pastoral juvenil en la vicaría VII, de la Arquidiócesis de México. Esta zona pastoral corresponde básicamente con los límites de la delegación de Iztapalapa, más algunas pequeñas porciones de Iztacalco.

Las líneas estratégicas que han dado orientación a la presencia dentro de la organización juvenil eclesial de la zona tienen que ver con (1) la reconstrucción, o más bien, la construcción de un tejido social-eclesial que permita vincular entre sí las diversas experiencias de pastoral juvenil desde los intereses y preocupaciones de los actores implicados. (2) Pretende potenciar el protagonismo de los mismos jóvenes, de manera que se genere el empoderamiento de los jóvenes de los grupos en sus procesos de formación, de integración grupal, de participación en las parroquias, en los contenidos que atraviesan las trayectorias de paso por los grupos, y de su acción social. (3) Pretende también, ir constituyendo una red de vinculaciones que fortalezcan la identidad colectiva de las agrupaciones juveniles, a través de la identificación de problemas comunes, la visibilización de potencialidades y recursos a los que pueden acceder, y la acción colectiva de la que son capaces en los contextos sociales a los que pertenecen.

Estas líneas se han pensado en la reflexión común con otros actores de la organización juvenil de dentro y fuera de la iglesia y con asesores ocupados en

el acompañamiento de agregados juveniles¹ de corte cristiano y eclesial, apostando a que por estos lineamientos se favorezca una transición de modelo en la pastoral juvenil, tal que sea relevante en el tejido de los actores diversos y plurales de un entorno tan complejo como es la Ciudad de México.

Los grandes pasos o etapas que ha seguido la animación de la pastoral juvenil en la VII vicaría a lo largo de este tiempo son:

(1) La elaboración de un diagnóstico participativo, mediante consulta con organizaciones de juventud, instancias de gobierno y de sociedad civil; además de la parte central que fue el diálogo formal y extendido con un número amplio de jóvenes de los mismos grupos; y con otros actores eclesiales como son los párrocos, los decanos, y el obispo auxiliar quien preside pastoralmente la vicaría. El diagnóstico concluido hace un año se revisa y se ajusta permanentemente.

(2) El segundo paso apunta a formación de un tejido eclesial, a partir de la instancia tradicional en que se organizan las parroquias para interactuar, es decir, los decanatos. El esfuerzo es dar un uso diferente a lo que existe, funcione o no en los marcos cléricos, como una apropiación juvenil del espacio tradicionalmente «sacerdotal» para que se suscite el ánimo y la ayuda mutua, la apertura de horizontes —tan necesaria en estos sectores de juventud— de lo que «se puede hacer» más allá de los límites impuestos o autoimpuestos.

(3) El tercer paso tiene como meta la activación de una red emergente que se articule más allá de los

¹ En el Foro de Trabajo Juvenil que se ha realizado durante cuatro veces (mayo 2002- noviembre de 2003) entre actores diversos de la Pastoral Juvenil del D.F. Organizan este Foro CRT, Seraj, y Teologado Misioneros del Espíritu Santo.

espacios formales y cuya pretensión es el ejercicio reiterado de innovar, en el sentido de ensayar nuevas formas accionales y asociativas que no se han llevado a la práctica, que no se encuentran disponibles en el imaginario «típico» de los grupos parroquiales, de los movimientos y de los tradicionales coros. Recrear las posibilidades imaginativas de los miembros de los grupos, en torno a las preocupaciones e intereses más sentidas de los mismos jóvenes y de sus comunidades reales. Estas acciones puntuales que van desde eventos festivos o celebrativos, encuentros con otros actores de sociedad civil, hasta intervenciones comunes o simultáneas que modifiquen o que les lleven a participar en la modificación de elementos del entorno; todo esto se intenta como un ejercicio reiterado de desubicación o desinstalación de los marcos formales, usualmente poco movilizadores, de la conciencia juvenil cristiana, de sus prácticas y de las representaciones en que son normalmente formados.

Para concluir esta nota introductoria, resaltamos que mientras hacíamos la consulta con los diferentes actores de gobierno o de ONG's ajenos a la iglesia, y se les preguntaba por las organizaciones juveniles que conocían, un buen número contestó: *¿pre-
guntan por los jóvenes? Pero, si los jóvenes los tie-
nen ustedes en la iglesia. ¡Tráiganlos!* Este tipo de respuestas nos apuntó a volver la vista de manera metodológicamente formal y con orientaciones bien definidas a este campo desatendido, un tanto desdeñado que son —concretamente en este espacio social y eclesial del D.F., la VII Vicaría, en Iztapalapa—, los más de tres mil jóvenes de las agrupaciones eclesiales.

Iztapalapa, ¿dónde el desorden se recredece?

Hablar de Iztapalapa significa acercarse a un nudo sociodemográfico complejo en que se articulan alta marginalidad urbana y la mayor concentración de población juvenil en la ciudad de México. De los casi 1,800 000 habitantes de la demarcación, son jóvenes entre 15 y 34 años, 673, 870 personas (2000), lo que corresponde al 38% del total. Así que necesariamente, como en muchas otras regiones del país, en Iztapalapa coinciden pobreza, marginalidad económica, escasez de oportunidades y agregados poblacionales juveniles. Sigue lo mismo que en una gran mayoría de las macrorregiones mexicanas y latinoamericanas donde los problemas sociales más acuciantes: desocupación, empleo de baja calidad, falta de espacio de cultura y recreación; acceso restringido a la educación preuniversitaria y superior; delincuencia, tráfico de estupefacientes, todos están

atravesadas de diferente manera por la variable juvenil. No sólo por su número, sino por las condiciones propias del trayecto juvenil, con requerimientos específicos para el acceso y la inserción progresiva a la sociedad «adulta», los jóvenes resultan ser uno de los polos de vulnerabilidad en cuyos rostros se identifican y se agudizan las conflictivas sociales.

Por ejemplo tómese la falta de empleo: De la población abiertamente desocupada, el 71% son jóvenes, cuya edad oscila entre los 15 y 34 años, lo que indica que las nuevas generaciones son los que más problemas tienen para insertarse al mercado laboral, en un contexto en el que el 70% de la población se encuentra en niveles graves de marginación y pobreza. A pesar de que el nivel de estudios de los jóvenes se encuentra apenas por abajo del nivel nacional (9 años de escolaridad a nivel nacional, contra ocho de la demarcación), las oportunidades laborales que se abren no están realmente diversificadas. En Iztapalapa, el 94% de las personas ocupadas es empleado, obrero o trabajador por su cuenta, quienes se dedican, en orden de importancia, a las siguientes actividades: comercio, manufactura, servicios personales, transporte, operación en maquinaria fija y servicios técnico manuales. Para estos jóvenes el nivel de instrucción no tiene una correlación directa con las posibilidades reales de obtener un empleo que permita algún tipo de ascenso social. En el mejor de los casos quienes se incorporan al mercado laboral procedentes de esta zona, podrán aspirar a un empleo del mismo tipo que el de sus padres. Tómese en cuenta el problema general que hay en el Valle de México para el acceso educativo después de la secundaria a la matrícula en las instituciones de educación semiprofesional y profesional.

Lo mismo puede decirse en lo que toca a servicios de salud, ya que poco más de la mitad de la población no es derechohabiente a alguna institución de salud pública. En Iztapalapa existen sólo 35 unidades médicas y se cuenta con una cama de hospital por cada 2,253 habs., cuando en el conjunto del D.F. el promedio es de una cama por cada 890 personas.

Probablemente uno de los ámbitos donde la población juvenil resulta más involucrada y vulnerada es en el ámbito de inseguridad pública y de la extensión de las redes del narcotráfico. El problema del narco se agrava particularmente en esta delegación donde crecen desmedidamente los pequeños centros de distribución; y donde operan importantes redes como Santa Cruz Meyehualco, Ejército de Oriente y otras colonias, en las que el comercio delincuencial a gran escala adquiere cifras alarmantes y se articula con otros centros y otras actividades de ilegalidad.

lidad. Los jóvenes son destinatarios del consumo de drogas y su vulnerabilidad aumenta, de manera muy especial, porque de algunos años acá, aumenta la penetración del tráfico en las escuelas públicas de la delegación —en las secundarias, preparatorias y Vocacional— y ya aun en las escuelas primarias.

En suma la delegación Iztapalapa constituye, en términos generales, la demarcación más marginada del D.F. El panorama del conjunto de la delegación es desolador y lamentable. Domina el panorama la falta de expectativas socioeconómicas y la destrucción del tejido social, en buena parte generado por la misma pobreza y por la baja calidad de la vida urbana en el conjunto de la ciudad. Lo significativo, es que hablamos de una sociedad estrictamente joven, en la que la gran mayoría corresponde a los grupos de edad de 0 a 29 años, los cuales rebasan la cantidad de 75% de los habitantes.

2

Para caracterizar la pastoral juvenil en la zona

En lo que sigue se pretende hacer una caracterización, una descripción inicial de la identidad que adquiere esa particular agregación juvenil a la que nos hemos avocado, que es la de los jóvenes que se congregan en torno a la iglesia, como iglesia, o desde la perspectiva religiosa específicamente católica en la zona de Iztapalapa.

Para hablar de los jóvenes de la pastoral juvenil bajo la noción de identidad, habrá que tener en cuenta algunas dimensiones básicas de esta conceptualización, que permite comprender a qué nos referimos al usarla. En primer lugar la noción de identidad remite a una subjetiva. Es decir, la identidad corresponde a una serie de pautas culturales: rasgos, caracteres, pertenencias, afiliaciones, modalidades de pensar, de actuar y de hacerse visible que los actores sociales reconocen como propias. Es una de las maneras en que los individuos y grupos interiorizan lo social. Etimológicamente identidad significa lo igual a sí mismo, es lo que identifica y hace distintos a algo frente a los otros. Por necesidad toda identidad tiene una serie de componentes sociales que se precisa mencionar. Para empezar la identidad no se adquiere o se reclama sólo para sí mismo, sino que implica siempre un movimiento de diferenciación de otras identidades. El que adquiere una identidad lo hace necesariamente para demarcarse frente a los demás, para afirmar su diferencia. La identidad no se conforma solamente de la nominación que un individuo o un agregado se da a sí mismo, sino que requiere también la sanción social. Es decir, una identidad no se constituye mientras no obtenga de

los otros algún tipo de reconocimiento, independientemente de que éste sea el deseado o no.

También habrá que decir que las identidades no se constituyen en el aire, hacen referencia a elementos sociales que le sirven como marco y materia de algún modo interiorizados y elaborados por los grupos mismos: el territorio, la clase social, la etnia, el género, las pertenencias culturales, sexuales, el gremio, y también la adscripción religiosa. Finalmente las identidades se construyen procesualmente; no existen identidades fijas, inmutables, dadas de una vez para siempre, sino que se siempre se constituyen progresivamente, de modo cambiante y relativamente incierto, en la interacción del grupo mismo y con los diferentes actores y en los contextos de los que forman parte. Por eso será interesante descubrir el rostro que adquiere una identidad, aparentemente tan bien circunscrita, en las precisas coordenadas sociales y culturales de esta zona del entorno amplio y complejo de la ciudad.

En este trabajo apostamos que entre los jóvenes que participan en los grupos juveniles parroquiales en la zona de Iztapalapa, existen rasgos de identidad que son propios (aunque no necesariamente estén reflejados por los mismos actores), que se están construyendo en referencia a sus contextos sociales, y que conviene puntualizarlos descriptivamente para apuntar las posibilidades de su transformación y potenciación como actores sociales y eclesiales.

Aproximación numérica a la pastoral juvenil en la VII Vicaría

La iglesia diocesana en la ciudad de México está organizada por zonas pastorales, tradicionalmente llamadas *vicarías*. Bajo la conducción —relativamente autónoma— de un obispo auxiliar, con un presbiterio adscrito a la zona en un número importante de parroquias a su cargo. Las vicarías comparten un territorio y problemas comunes a una zona amplia de la ciudad. Es el caso de la VII Vicaría que se asienta en el suroriente de la ciudad, se trata de la delegación Iztapalapa. Se trata entonces de una iglesia surgida en las coordenadas sociales que se acaban de describir.

La VII Vicaría está compuesta de unas 90 comunidades eclesiales, la gran mayoría de las cuales son parroquias, más un pequeño número de rectorías que en los hechos funcionan al modo de las parroquias. Acompañadas y dirigidas por un sacerdote párroco y a veces con ayuda de algún otro, organizan sus propias instancias para el acompañamiento y promoción de la fe de sus feligreses.

Para tener una idea de componente numérico de los grupos se toman los datos aproximados que ofreció el diagnóstico elaborado por el mismo grupo asesor de la pastoral juvenil. De acuerdo con los datos proporcionados por la encuesta en un 85% de las parroquias hay algún tipo de agrupación de pastoral juvenil. Y sólo en 15% no hay ninguna presencia juvenil organizada. Se estima que en las 76 parroquias con algún tipo de pastoral juvenil, habría aproximadamente unos 126 grupos de jóvenes. Es decir, que en cada parroquia el promedio es de 1.4 grupos (considerando el total de las parroquias).

De acuerdo con los datos proporcionados por nuestra encuesta un poco menos de la mitad (46%) serían coros, y el resto grupos parroquiales de pastoral juvenil, grupos de movimientos² y otro tipo de grupos juveniles (como de teatro, jóvenes que dan catequesis y los que tienen otras actividades diversas). Estamos hablando, aproximadamente, de unos 58 coros de composición principalmente juvenil y de unos 68 grupos parroquiales de pastoral juvenil y de movimientos con características diversas.

Tomando en cuenta los datos ofrecidos por los coordinadores se estima que los 126 grupos de la Vicaría tendrían una población de unos 2200 jóvenes si calculamos la asistencia de 18 personas promedio por grupo. De modo que dada una población juvenil en la Delegación Iztapalapa de 673, 870 (15-34 / 2000), entonces puede pensarse que aproximadamente 0.33% de los jóvenes de Iztapalapa se acercan a los grupos juveniles en sus diferentes modalidades. Proporcionalmente son muy pocos frente al total de la población juvenil, habrá que ubicarlos dentro de la estrecha franja de los que asisten a encuentros religiosos, según la Encuesta Nacional de Juventud (7% aproximadamente). Sin embargo, estos jóvenes pueden estar representando una identidad juvenil significativa en el concierto de los agregados juveniles en la delegación notablemente dispersos, toda vez que éstos presentan rasgos identitarios de bastante semejanza.

Es revelador conocer que el 70% de jóvenes encuestados tienen por lo menos nivel de instrucción de preparatoria, lo cual los distingue ya de la media de los jóvenes de la Delegación. De los 18 asistentes promedio de los grupos, 10 serían mujeres y 8 varones. La población de los asistentes presenta un amplio rango de edad. Sin embargo, una tercera parte de los asistentes está fuera de los rangos que ordinariamente se proponen para la pastoral juvenil, pues son mayores de 15 años y menores de 25. Se

trata de personas que en muy distintas etapas de la vida, desde los que están al final de la infancia, hasta aquellos que han pasado a la vida adulta.

Llama la atención este amplio rango de edades. Esto hace preguntarse por qué se congrega gente tan diversa en torno a un grupo juvenil. Sería todo un reto cohesionar en una identidad bien circunscrita a gente tan diversa en necesidades, expectativas e intereses. Es posible que se refleje precisamente que éstas son identidades amplias, que no necesariamente tienen un componente estricto de cultura juvenil muy diferenciada.

Sobre cómo funcionan los grupos

De acuerdo a lo observado, en la mayoría de los grupos el estilo de relación en el espacio formal es más bien funcional y está encaminado a la realización de una tarea específica. Parece haber un nivel pobre de comunicación en el espacio formal de las reuniones, pues se habla poco de los sentimientos y de las necesidades más personales. Al parecer, la comunicación se da más en lo interpersonal y en espacios informales, y poco cuando están reunidos en grupo.

La participación no parece ser muy fluida en las sesiones, generalmente una parte del grupo participa más y la mayoría de los asistentes permanece en una actitud de escucha, sin tomar la iniciativa. Se reporta que existe un buen nivel de cohesión en los grupos. Quizá esto se refiera a que existen líderes que aglutinan al grupo. Sin embargo existen algunos otros en los que hay una excesiva concentración del liderazgo en una sola persona o en los que existen conflictos mal manejados entre los líderes, donde baja el nivel de involucración de los asistentes y eventualmente tienden a desaparecer. Parece que la cohesión se genera por las tareas específicas que el grupo realiza y por la calidad del liderazgo. La observación de estos meses da lugar a corroborar que muchos grupos se sostienen sobre el cimiento de líderes fuertes. No pocas veces se trata de jóvenes de más edad que el resto, de mucha experiencia en el trayecto religioso y grupal, que fungen como guías efectivos, dotando de sentido al resto de los integrantes.

Los grupos que tienen metas más claras y que son asumidas por todos los participantes, se observó una mayor continuidad en el proceso y las rupturas que se presentaron fueron manejadas de forma más constructiva, sin embargo, éstos no son la mayoría. Los grupos que se aglutan en torno a una tarea muy específica tienden a mantener la cohesión, pe-

2. Renovación Cariomática, Jornadas de Vida Cristiana y Lithos Misioneros principalmente.

ro en la mayoría se observa más comúnmente dispersión y rupturas severas en los procesos. Con cierta facilidad se congregan, pero igualmente se disgregan con facilidad. Por los datos y por el contacto de este tiempo, se observa que son muchos los jóvenes que transitan por los grupos sin que necesariamente permanezcan por largo tiempo.

La pura realización de una tarea específica no resulta suficiente para desencadenar un proceso grupal. También se ve que no toda tarea cualifica la vida del grupo. Algunas acciones específicas, pueden ofrecer sólo beneficios marginales para suscitar procesos. Así, por ejemplo, unas misiones o un encuentro juvenil pueden incidir de manera significativa en el proceso del grupo, aunque sean una actividad puntual, mientras que cantar en un coro cada domingo, sin tener otras referencias, no desencadena usualmente procesos grupales, sino que los mantiene frágiles y más permeables a los intereses individuales.

Además se percibe que muchas veces las tareas específicas parecen direccionar y concentrar más la energía y creatividad del grupo, que el mismo proceso grupal. Es decir, con mucha frecuencia las tareas concretas se convierten en la única meta explícita que aglutina al grupo, con la debilidad que implica para la permanencia de las identidades que intentan fraguarse. Conviene resaltar la diferencia entre los grupos juveniles que forman parte de movimientos más amplios y los que no tienen otros vínculos. En los primeros las estructuras ya dadas del movimiento facilitan las identificaciones.

Sabemos poco de los contenidos que estructuran los elementos explícitos de formación ordinaria en la gran mayoría de los grupos. Las reuniones que los grupos tienen usualmente cada semana se organizan de manera aleatoria y con frecuencia sin planes pre-determinados.

La parte fuerte de lo que llaman formación, se concentra en eventos puntuales de carácter evangelizador. Son retiros de tres días en los que se crea un intenso clima que facilita la toma conciencia de la propia vida y un primer acercamiento —de corte altamente emocional— a la fe cristiana católica. Se potencia allí una concentración de estímulos que los inviste y los cobija, que los separa del común y los integra al grupo, con una serie de rasgos nuevos de una identidad rápida y cálida, un tanto mágica, sostenida en algunos referentes religiosos no muy determinados, pero sobre todo sostenida en un estilo de relación que incluye, delimita y ejerce la diferencia con respecto a los demás jóvenes no participantes.

Con el correr de las semanas y los meses posteriores al retiro la intensidad de la nueva adscripción tiende a diluirse, a merced de la rutinización de lo vivido, de la emergencia de los conflictos internos y de la actualización de las otras pertenencias del joven. La pertenencia se refuerza de nuevo, y a veces de manera crucial, cuando los jóvenes adherentes se convierten en actores, cuando participan de nuevo en el retiro o encuentro, pero esta vez para abrirle espacio a otros recién convocados. Los grupos que tienen este tipo de trayectoria y cuyos repertorios de adscripción son más explícitos son los más fuertes en términos de permanencia. Los jóvenes quienes hacen este tránsito completo, después de meses, son los que se identifican y rápidamente comienzan a adquirir responsabilidades en la gestión interna de sus comunidades. Sobra decir que éstos no son la mayoría.

Sobre cómo los jóvenes se representan sus grupos

Con los coordinadores de los grupos se trabajaron una serie de indicadores en torno a las representaciones que los jóvenes se hacen de sus grupos. Cuando se les pregunta sobre aquello que los grupos les ofrecen, su respuesta fue que les permiten principalmente encontrar otro tipo de relaciones, variedad de amistades, es decir, pluralidad y novedad en sus afectos. Los jóvenes asisten en primer lugar a los grupos para encontrar un lugar nuevo y distinto para socializar. Un equipo de los mismos participantes convocado para la interpretación, confirma los resultados de este apartado: las relaciones personales son una motivación de los jóvenes para llegar y —si las encuentran— para luego permanecer dentro. Puede ser que los asesores lo entiendan o no, estén de acuerdo o no, de todos modos es un hecho que el grupo juvenil sirve para que estos jóvenes socialicen en un espacio diferente a los que usualmente tienen.

Además parece que los grupos juveniles ofrecen también otras cosas, otros bienes simbólicos o culturales. Se incluyen aquí múltiples elementos como son pensamientos nuevos, sentimientos y actitudes diferentes. En este nivel deben considerarse los contenidos religiosos y los de conciencia social. Sin embargo, su aporte se ubica en un nivel notablemente menor al primero. Eso significa que los grupos católicos no ofrecen elementos formales, directamente identificables en primera instancia, que formen cosmovisiones e ideologías específicas y claramente reconocibles. Se trataría de identidades mucho más afectivizadas que ideologizadas.

La pregunta para qué nos sirve el grupo, se fija en lo que el grupo genera en el joven. Lleva a que se

consideren a sí mismos fuera de la dinámica y del espacio grupal, cuando se ven aparte de sus compañeros de grupo y más bien a lado de otros jóvenes, ciudadanos como ellos, familiares, amigos, vecinos o compañeros de muchas actividades.

Las respuestas llevan a interpretar que el grupo no es el que hace la diferencia radical entre unos jóvenes y otros en la zona. No se perciben notablemente diferentes en cuanto miembros de los grupos. Cuando de hecho se constatan grandes diferencias entre unos jóvenes y otros en las colonias de la zona de Iztapalapa podemos suponer que estas diferencias no las ha generado pertenecer a un grupo juvenil parroquial sino las otras adscripciones, los otros factores de la formación personal y social, como la integración de y a la familia, el nivel económico en que se encuentran, las oportunidades educativas tenidas, etc. Quizás pudiéramos ir más allá y suponer que a algunos de los que tienen ciertas características, el grupo juvenil parroquial los ayuda, o los impulsa a seguir siendo diferentes. El factor pertenecer al grupo no sería entonces, determinante, sino coadyuvantes para fortalecer ciertos rasgos ya de suyo presentes.

Sin embargo, sí se reconoce una diferencia positiva, a favor de la acción grupal sobre las personas, frente a los de fuera. La mayoría está de acuerdo en que los jóvenes de los grupos son diferentes en las actitudes ante la vida, (más positivas enfrentan mejor sus problemas). Se trata de un talante de vida, un conjunto de disposiciones, que hacen llevadera o positiva la vida y que les capacita para enfrentarla mejor. Puede ser que los jóvenes de los grupos se reconozcan con «algo más» en sus propias vidas, a partir de su pertenencia al grupo; pero, se trataría de un extra no muy bien identificable, que no se puede reconocer fácilmente, que no obstante les alimenta para llevar adelante sus vidas.

El tema de las diferencias entre los que no van a grupos y los miembros de grupos juveniles fue importante para el equipo de interpretación. Se decía que las diferencias entre jóvenes de una colonia ya existen de por sí y se marcan. Por ejemplo, entre los que cursan bachillerato y los que no. De alguna manera unos y otros se señalan y se excluyen. Dentro de este contexto la pertenencia a un grupo juvenil, acelera las diferencias que posiblemente ya estén dadas, por ejemplo, en nivel de estudios, como lo señala el perfil de los grupos entrevistados.

Además se mencionaba que pertenecer a un grupo juvenil «obliga» al joven a definirse, a apurarse —por decirlo así— para marcar ciertos rasgos de su identidad frente a los otros. Esta urgencia por seleccionar

y adquirir ciertos rasgos de identidad al unirse a un grupo de iglesia, puede resultar problemática para jóvenes que conviven usualmente entre muchos mundos distintos, pero también puede ayudar: si van a los grupos, entonces quedan definidos frente a los otros. Les puede servir para afirmarse en sus diferencias.

Los símbolos escogidos y las explicaciones respecto a que se parece el grupo muestran que los jóvenes encuentran allí un espacio propio, entrañable y cálido, dotado de esperanzas de vida hacia el futuro. Se puede pensar que difícilmente harían una semblanza semejante de la escuela, o del trabajo por sí mismos como lo hacen del grupo juvenil. Si fuera cierto que la escuela, el trabajo, la calle, y en alguna medida la familia son espacios de convivencia pobres, hostilizantes, no fácilmente apropiables, entonces en la realidad grupal se depositan los deseos de encontrar espacios diferentes.

Más bien el grupo semejaría más a un hogar, a una alternativa —al menos provisional— de hogar con rasgos un tanto ideales. Pues aunque aparecen los elementos conflictivos o perturbadores del proceso grupal, quedan mucho menos resaltados, y sobre todo, quedan como periféricos a la visión ideal del grupo.

Los valores de la convivencia, hasta sentirse parte de lo mismo, el clima altamente positivo, el intercambio amistoso generador de esperanzas para su futuro grupal, y el de la unión por bajo un sentido dado por Dios, le dan el matiz a esta visión de lo grupal.

El equipo de interpretación confirma lo que se experimenta al grupo como algo vivo y que crece, del que formamos parte. Se enfatizó que el grupo viene a ser como una segunda casa. Parece que en el ideal del integrante, el grupo representa tranquilidad, relajamiento, a pesar de que también hay enemigos, no importa lo sentimos como una segunda casa. El ideal de lo que quisiéramos que fuera la casa y la familia se traslada al grupo pero de una forma idealizada.

Las respuestas de los integrantes a los deseos para el grupo permiten ver reflejada una parte de lo que los jóvenes (de los grupos) están necesitando en sus vidas y que a la vez, en cierta medida, se lo demandan al grupo: Necesitamos los jóvenes paz y armonía para nosotros mismos. Los jóvenes buscamos participar y sentirnos parte de alguien, como es ahora el grupo. Queda claro que respecto a los deseos del grupo es notorio que se orientan a la búsqueda de crecimiento del mismo grupo. Ser como «familia», es decir tener convivencia, unión, confianza, «que todos fuéramos amigos» se presenta como un ideal

muy fuerte y posiblemente irrealizable; fuente de búsqueda continua y de frustración continua.

6 Los grupos dentro de la iglesia

Respecto a la relación con el sacerdote la mitad de los grupos expresan sentirse acogidos; valoran el ser tomados en cuenta, recibidos e incluidos de alguna forma en la parroquia por el sacerdote. Se sienten tomados en cuenta, aunque no encuentren una mayor involucración en sus problemáticas o procesos. Es importante para los grupos sentirse que son recibidos y escuchados por el sacerdote, pues es él quien acoge e incluye en la parroquia.

No obstante para los demás grupos la relación con el sacerdote es usualmente funcionalista, pragmática y en algunos casos parece ser utilitarista. No es una relación promotora o solidaria, de mutuo compromiso y corresponsabilidad. Es utilitaria en función de las necesidades concretas de la parroquia.

En las descripciones que hacen los grupos de sus relaciones con el sacerdote, casi no se caracterizan a sí mismos: hablan poco de su rol y de sus modos de interacción. Más bien, se insiste en la conducta y modos del sacerdote. De aquí se desprende que hay una dificultad de mirarse a sí mismos. Se insiste en las dificultades y obstáculos del otro y ellos se mantienen fuera. Quizás por eso, asumen con frecuencia un rol pasivo en la relación. Esto puede ejemplificarse con la expresión de algunos jóvenes que afirman sentirse parte de su grupo, pero no de la iglesia.

En resumen la relación con el cura parece ser más bien piramidal o vertical, nada horizontal. Según se expresa, la mayoría de los grupos asumen de frente al asesor un rol pasivo, de ejecutores o apoyadores. Paradójicamente los procesos de los grupos en su mayoría están sostenidos básicamente por ellos mismos, en realidad los grupos se mueven con cierta autonomía para resolver sus problemas. Usualmente el apoyo que se les brinda en sus procesos es limitado. Finalmente la relación con el sacerdote no parece ser esencial en el desarrollo y proyección del grupo. No así en su inclusión e involucración en la parroquia.

Un 75% de los grupos expresa que usualmente es convocado cuando se requiere su colaboración en un trabajo o evento parroquial. Pareciera que el principal aporte de los jóvenes en el entramado parroquial es su trabajo prestado a lo interno de la estructura eclesial (templo, fiesta parroquial, kermesses y otras actividades parroquiales). Según lo que los mismos grupos expresan, son buscados principalmente para la organización de eventos, su ani-

mación y apoyar en recaudaciones de fondos. Los mismos sacerdotes confirman que los grupos son convocados usualmente para el trabajo parroquial. Quizás a esto se refieran los sacerdotes cuando más de la mitad perciben que los grupos están bien integrados al caminar parroquial.

Al preguntarles a los grupos si participan cuando se reflexiona y se decide sobre el caminar parroquial un 50% respondió que es incluido en estos procesos. Sin embargo esto es contradictorio con los resultados que señalan el para qué se le busca al grupo, ya que afirmaban qué su aporte está más orientado a la organización y animación de eventos parroquiales. Es contradictorio también con la caracterización de la relación jerárquica y con los demás grupos centrada en el trabajo. Esto indica que no se les busca para consultarlos en la guía de la parroquia, ni para la toma de decisiones, sino más bien para su ejecución.

Llama la atención como dato de contraste que según la encuesta aplicada a los sacerdotes un 75% dicen convocar a los grupos juveniles en la reflexión y toma de decisiones. Se percibe que hay una diferente expectativa entre los sacerdotes y los grupos respecto de lo que debe ser la participación de los grupos juveniles en el caminar de la parroquia. Estas expectativas pudieran estar contrapuestas en algunos casos.

Un 75 % de los grupos dicen que la relación con otros grupos se da principalmente a través de la organización y trabajo parroquial. Lo que vincula con otros grupos es el trabajo, ya sea en una relación cordial o difícil. La vinculación es a través la estructura parroquial. Además es el sacerdote quien une o articula los diferentes grupos. Por lo que la relación de los grupos juveniles con los otros grupos parroquiales parece ser frágil y muy mediada por el sacerdote.

Dentro de esta lógica de relaciones funcionales se comprende que el vínculo con los demás grupos sea secundario, en cambio el vínculo con el asesor (relación jerárquica) sea central. De nuevo él es quien incluye. No es indispensable la relación intergrupal, pero si con el párroco para poder permanecer. Para la mitad, las relaciones de los grupos juveniles con otros grupos de la parroquia refiere que hay competencia y rivalidad entre grupos, lo que indica que una significativa necesidad de validación y de tener lugar en la estructura parroquial. La gran mayoría señala que alguna veces o nunca se encuentran con otros grupos de Iglesia.

Los grupos en la sociedad

Ubiquemos estos datos en el contexto de una delegación donde más de la tercera parte de los habitantes son jóvenes, y entonces se puede comprender fácilmente que esta realidad social de *alta marginalidad* afecta sobre todo a la población joven.

Aunque pudiera considerarse de entrada el trabajo evangelizador como una tarea social, el punto importante es mirar el perfil real de los grupos frente a lo que ellos mismos consideran «social». El dato más importante es que los grupos tienen una casi nula presencia en una acción social directa, que pudiera redundar en la mejora de las condiciones de vida, en la reconstrucción directa del tejido social de sus colonias y barrios, y mucho menos alguna vinculación a organizaciones que desempeñan trabajo social en la demarcación.

A los grupos les fue difícil reflexionar de manera sistemática sobre su inserción al ámbito de lo social. Es significativo que en una realidad tan conflictiva, lacerante y dolorosa, para la mayoría de estos sujetos, ellos hayan evitado de algún modo entrar en reflexión sobre esto mismo. En este sentido, aunque según los datos con que contamos reflejan que la mayoría de los jóvenes que asisten a los grupos no están en condiciones de alta marginalidad o de subsistencia, no por esto, las condiciones generales socioeconómicas les son ajenas o deja de estar presente en sus contextos. Se puede decir que para los encuestados no fue «fácil» vincular su vida grupal y sus condiciones sociales.

Cuando se les preguntó cuáles eran las actividades que el grupo realiza usualmente. Las respuestas son significativas: las tareas más comunes están en el ámbito de lo eclesial, como la evangelización, cantar en celebraciones y diversos servicios a la comunidad parroquial. Ninguno de los que respondió afirmó que tuviese una acción social explícita. También es importante decir que cuando se les pidieron dos necesidades que tiene el grupo el número mayor de peticiones lo tuvo las actitudes (compromiso, testimonio, comunicación, integración, puntualidad, unidad), en segundo lugar la asesoría y materiales formación, siendo significativo que sólo uno tiene la necesidad de una proyección fuera de la parroquia. No se contemplaron como grupo, siendo parte de las coordenadas sociales y económicas que privan.

¿Cómo nos explicamos este fenómeno? Seguramente es multicausado. Pueden contribuir a entenderlo los siguientes factores: El tipo de evangelización en el que estos grupos juveniles han surgido y se han formado es uno que mira a lo *intraeclesial* y de varios modos, es de corte *intímista*. Es decir, se les ha formado, presumible-

mente, en un modelo cristiano y eclesial que privilegia el ámbito interior: cambiar de actitudes en lo muy personal y familiar, formar comunidad, convivir, comunicarse, tener buenas relaciones y si acaso, involucrarse en la marcha de la comunidad eclesial inmediata, la parroquia. Esto quiere decir que no se ha formado a los jóvenes, ni se ha promovido entre sus responsabilidades cristianas básicas, las de inmiserirse propositiva, ni activamente en la transformación evangélica de la sociedad de manera directa. En este sentido los jóvenes sólo muestran lo que se les ha enseñado, la fe que han bebido y que aprendieron a practicar.

Por otro lado están también, las expectativas mismas de los jóvenes para con los grupos. En otra parte del diagnóstico se mostraba y se comentaba cómo los jóvenes conciben al grupo juvenil como una especie de refugio, de segundo hogar, de lugar de pertenencia y disensión. En ello se han depositado muy altos ideales. Como ya se decía allá, si el ambiente social es hostil y tiende a expulsarlos, si les niega oportunidades, palabra, y posibilidades de interactuar, los jóvenes parecería que no pretenden transformarlo actuando en él, sino conseguirse, al menos, un espacio donde se sientan diferentes, tomados en cuenta y bien recibidos. El mundo de la descomposición social que resultan ser sus colonias y los espacios donde usualmente transitan y realizan actividades, queda entonces, de manera comprensible, relativamente fuera de su interés y de su acción. Por lo menos cuando se está en el grupo, se efectúa una separación que resulta difícil remontar, por cuanto la pertenencia al grupo por sí misma tiene funciones de separación de estos «dos» mundos. Cabe hacer la reflexión de cuanto empobrece esta dinámica las posibilidades de conciencia, de vínculos, de intereses y acción de los grupos mismos.

Han resultado contrastantes con estos datos algunas experiencias tenidas con grupos específicos a lo largo de este tiempo. Aun cuando no le es fácil —de entrada— vincular grupo y sociedad, sin embargo, una vez que se enfoca la atención de los jóvenes hacia las condiciones que privan en sus medios de vida, la involucración es sorprendente. Se interesan, con críticos y propositivos. Parece existir allí, en el terreno de la indignación social y de la capacidad de acción, un resorte inmóvil o una cuerda que no ha sido tocada por el perfil grupal en el que se han formado.

Por último, no dejan de llamar la atención las respuestas de los sacerdotes a preguntas similares. Perciben que los jóvenes de los grupos colaboran en buena medida a acercar a otros jóvenes a Dios y a la iglesia, —siempre o usualmente— en un 60%; y además perciben que cuatro de diez grupos sí colaboran con otros actores sociales en el diseño y realización de tareas en bien

de la comunidad. No cabe duda que los números son relativamente altos; que la percepción de los sacerdotes difiere de la que acabamos de enunciar, a partir de los datos de los jóvenes mismos. Lo que se puede presumir es que los sacerdotes parecen estar conformes con la acción social de sus grupos juveniles. Esto resultaría congruente con la visión de iglesia y de evangelización que hemos esbozado en los jóvenes. Si fuera cierto que los sacerdotes conciben a distancia la tarea social de los laicos, y que no la promueven particularmente en sus comunidades, entonces sería factible que vieran bien, y que juzgaran suficiente la escasa involucración social de los grupos y de los jóvenes en particular.

Conclusión

La identidad de los grupos juveniles de iglesia en Iztapalapa debe ser reconocida a partir del contexto social, político, económico, cultural y religioso que los produce, a través de las prácticas que los visibilizan y a través de las narrativas en que dan cuenta de sus representaciones. Esa descripción es la que se ha intentado esbozar en lo anterior.

Conviene apuntar que en las sociedades modernas —y la que hemos descrito no es la excepción a pesar de su precariedad— particularmente en agregados donde existen una pluralidad de estilos de vida y donde la información corre en múltiples direcciones, las formas identitarias no tienen contornos muy definidos, tienden a adquirir fronteras lábiles, a «fluidizarse» junto con las referencias a las que adscriben, es decir, se modifican y adaptan diferentes contornos según las interacciones a las que se ven expuestas. Sus perfiles se modifican con relativa facilidad. Al parecer así sucede con las identidades de grupos juveniles de iglesia, que como figuras de múltiples caras se resisten a ser aprehendidas bajo una mirada estereotipada.

En un contexto social en que las oportunidades de socialización para los jóvenes son escasas y donde las relaciones cotidianas se masifican y son conflictivas, estos jóvenes han encontrado en la iglesia —concretamente en las parroquias y movimientos— la posibilidad de un espacio de reconstrucción personal y colectiva, como un refugio, o un segundo hogar dicen ellos, en el que se preserven en primer lugar, las relaciones cálidas y personalizantes. Permanecen en los grupos mientras los grupos mantengan este carácter afectivo, donde puedan mirarse a sí mismos y ensayarse en el despliegue expresivo que los ha atraído en un momento, reforzado por un sentido religioso un tanto difuso, difícil de decodificar y fuertemente emocionalizado.

Aunque lo más común es que los grupos no cuenten con un discurso político sobre la sociedad y sobre las condiciones deseables para el entorno que habitan, aunque su acción estrictamente social sea muy precaria, sería falso pensar que no cuentan con el imaginario de algo distinto y que no están ejerciendo una acción que de algún modo modifica lo que viven. Estos jóvenes cuentan con la fuerza individual y colectiva para encontrar y cultivar un espacio donde se haga visible, ya sea por breve tiempo, un ensayo que subvierte —si se quiere simbólica, pero eficazmente— el orden social de su cotidianidad.

Conviene apuntar entonces que estos agregados juveniles, ni responden cabalmente al discurso ideológico de los sacerdotes, ni son actores realmente significativos de lo que sucede en las parroquias. Como se citaba arriba, son de sus grupos, no de la iglesia hablando estrictamente. Puede entenderse que han «invadido» un espacio que de por sí no es suyo, para sus propios fines identitarios. Se han apropiado al menos parcialmente de un lugar que socialmente ya no está ocupado por el sector juvenil. Comparten en un sentido amplio y lato, los referentes religiosos de los actores típicos de la organización religiosa, pero ni remotamente son representantes de la ortodoxia religiosa. Como ellos decían sus ideas no son muy diferentes a las de los demás jóvenes de su mundo en materia de aspiraciones, de cosmovisiones, de normas sobre la vida sexual y sobre el trabajo.

Aunque se muestra que desearían una mayor cercanía de los sacerdotes, esta búsqueda no tiene visos de ser una dependencia para que los grupos se gestionen. Los grupos tienen sus mecanismos de formación, de organización, sus liderazgos, sus referentes simbólicos, también tienen sus ciclos para desaparecer. Los agentes oficiales de la iglesia quedan bastante lejanos de todo este trayecto, lo cual es notar. Cuando el contexto es que en las parroquias nada sucede sin el concurso del clero, estos grupos a su modo «conquistan» un lugar de la iglesia para ejercer su acción, para visibilizar sus modalidades de pensar y de actuar. De algún modo también «conquistan» a Dios para que fortalezca sus ensayos de relación amorosa y de vida sexual, de lealtad en la amistad y de expresión individual, aunque estos no sean al modo, ni con la pertenencia y duración que los agentes oficiales quisieran.

Una tarea de los asesores de pastoral juvenil será una y otra vez, facilitar que los jóvenes reflexionen su práctica, la real, la que efectivamente tienen para dirigirla mejor, con más fuerza y más explícitamente en la reappropriación de su sociedad y de su iglesia. 